

## NOTAS

### EL ATLAS LINGÜÍSTICO DE MÉXICO

Era la intención del autor principal del *Atlas lingüístico de México*, nuestro recordado amigo y colega don Juan Lope Blanch, y del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, que diez años después de haber sido hecha la presentación del volumen 1 del *Atlas de México* se hiciera una nueva presentación, esta vez del conjunto de los seis volúmenes que constituyen esta monumental obra que El Colegio da a conocer ahora oficialmente al país y al mundo hispanohablante. Razones diversas impidieron que a fines del año pasado lograra materializarse esta intención, que nos habría permitido disfrutar todavía de la compañía de Lope Blanch. Este texto quisiera ser, pues, una excusa para rendirle un homenaje póstumo, ya que el destino no permitió que se lo rindiéramos en vida\*.

Empresas de la magnitud de los atlas lingüísticos siempre tienen su historia, se trata de proyectos complejos y de largo aliento que suelen estar salpicados de contratiempos que terminan por alargarlos más de la cuenta, si no interrumpirlos definitivamente. La historia del *ALMex* es muy especial, porque da cuenta de un proyecto largamente madurado que quería realizarse con el máximo rigor de la disciplina. Por la década de los años sesenta, recuerda su autor principal en la Introducción, se concibió la idea de hacer una serie de encuestas sistemáticas en México con el objeto de reunir la informa-

\* Los amigos de El Colegio de México me hicieron el inmerecido honor de invitarme a participar en la segunda presentación del *ALMex*. El desafío no era menor, porque no podemos dejar de recordar que en 1991 quien ha sido reputado como la primera figura de la dialectología hispánica y que hoy lamentablemente tampoco está con nosotros, don Manuel Alvar, tuvo a su cargo, con la sapiencia y ponderación que le caracterizaban, la presentación oficial del volumen 1 del *ALMex*; eso me inhibió inicialmente para desempeñar la tarea que se me había solicitado. Sin embargo, acepté el desafío por la confianza de mis colegas y porque estoy cierto de que el profesor Lope Blanch, con el afecto y gentileza que le eran habituales, me hubiera alentado a asumirlo.

ción lingüística necesaria para delimitar las diferentes zonas dialectales del país y poder, posteriormente, levantar los atlas lingüísticos regionales correspondientes. Criterio inobjetable, no ensayado todavía en proyecto geolingüístico alguno, aunque no el único ni el más utilizado por los investigadores, y al que yo mismo tuviera la oportunidad de referirme en alguna ocasión<sup>1</sup>. Pero no puede haber empresa humana perfecta; el rigor suele exigir demasiado tiempo y habitualmente pesada carga económica, gran perseverancia y férrea voluntad. Estas últimas le sobran a Lope Blanch, pero como el tiempo y los recursos no dependen nunca del dialectólogo, por lo que no se los debe dejar crecer en demasía, a fines de la década de los años sesenta ya había decidido superar el proyecto inicial y transformarlo en el levantamiento de un atlas general del español de México. Ya no delimitación de áreas lingüísticas previas, ya no atlas regionales primero. Sabia muestra de flexibilidad que dio con la mejor solución a la inesperada abundancia, variedad y riqueza del material recopilado en 193 localidades por un equipo de cinco investigadores, y ocasionalmente la colaboración de otros, por medio de un cuestionario y de conversaciones espontáneas.

Está claro, entonces, que el *ALMex* es como es debido a su origen. Siendo hoy un atlas envidiable en muchos aspectos, no fue concebido inicialmente como un estricto atlas lingüístico, lo que por cierto no le resta validez alguna, pero explica varias cosas. Explica que el espacio dedicado al léxico haya sido tan exiguo (dos volúmenes de seis) frente a las secciones fonética e incluso morfosintáctica, relación que en la mayoría de los atlas lingüísticos, desde el *Atlas italo-suizo*, el *AIS*, es inversa. La razón hay que buscarla en el propósito inicial ya mencionado de querer delimitar las zonas dialectales del país, para lo cual el autor se sirvió de fenómenos fónicos y secundariamente morfosintácticos, en razón de que la significación o peso dialectal de estos “superan con mucho al de las más superficiales diferencias léxicas”<sup>2</sup>. Lope Blanch en esta materia —precisiones más, precisiones menos— estuvo en la línea de la mayoría de los dialectólogos, lo que no significa por cierto que las diferenciaciones léxicas no cuenten para nada en los intentos por caracterizar los dialectos. Lo que se quiere decir es que éstas, por sí solas exclusivamente, no podrían garantizar la delimitación de zonas dialectales, por la naturaleza misma del léxico, razón por la cual se recurre, de manera exclusiva, a rasgos fónicos y gramaticales o se incluyen isoglosas léxicas, pero con clara preeminencia de las fónicas y secundariamente de las morfosintácticas. De hecho, así ocurre con el gran haz de isoglosas

<sup>1</sup> En “La geografía lingüística en Chile”, *EFl*, 1983, núm. 18, pp. 21-22.

<sup>2</sup> JUAN M. LOPE BLANCH, “Introducción. Historia del proyecto”, *Atlas lingüístico de México*, t. 1: *Fonética*, El Colegio de México-F.C.E., México, 1991, vol. 1, p. 13.

que separa el bajo alemán del alto alemán<sup>3</sup>; con las fronteras dialectales trazadas por Rohlfs en la Península itálica, que revelan la existencia de tres Italías<sup>4</sup>; o con los rasgos que separan los dos macrodialectos de Colombia<sup>5</sup>.

El propósito inicial también explica que el cuestionario consagrado al léxico sea, en palabras de Lope Blanch, “relativamente asistemático en cuanto que no se organiza en torno a campos semánticos...”<sup>6</sup>, como ha sido ya tradición en geolingüística, a partir del *AIS*, dada la facilidad para elaborar los cuestionarios tanto como para responderlos, debido a las relaciones semánticas que se establecen entre las palabras. Pero sí “responde a nuestro objetivo diferenciador de regiones dialectales”, agrega el autor, por lo cual “en la selección de las cuestiones atendimos a... que se tratara de conceptos conocidos en todo el país, lo cual obligaba a eliminar preguntas relativas a realidades peculiares de cada cultura regional” (p. 13). Opción interesante, dado que la determinación de zonas dialectales en el territorio del atlas siempre será un objetivo deseable. Si la selección de palabras encaminadas a este propósito fue bien hecha, como estamos seguros de que lo fue, el análisis y la interpretación de ese material facilitarán sin duda el hallazgo de esas fronteras dialectales. Sin embargo, está claro que al no partir de intereses estrictamente geolingüísticos, se privó también este *Atlas* de la comparación sistemática con otros ya existentes en el mundo hispánico pues no incorporó en la investigación amplias áreas de los cuestionarios anteriores. Desgraciadamente, seleccionar una opción implica de manera necesaria prescindir de las otras.

Explica, finalmente, la prescindencia del aspecto etnográfico del *ALMex*, que lo emparenta más con el *Atlas linguistique de la France*, *ALF*, que con los demás atlas europeos e hispanoamericanos. El *ALMex* no indaga por las relaciones de palabras y cosas, esto es, de lengua y cultura, que más de una respuesta dan a ciertas perplejidades. Pero, de nuevo, incorporar o no la etnografía en un atlas responde a opciones, tiene que ver con el objetivo central perseguido, y está claro que la investigación inicial del *ALMex* no la requería. Sin embargo, también creo que algo tiene que ver con el tipo de dominio de que se trate. Parece que cuanto más pequeño es éste más necesidad hay de estudiar juntas palabras y cosas, como ya lo señalaba Alvar basándose en su experiencia<sup>7</sup>; es lo que vemos en los atlas regionales o

<sup>3</sup> Cf. LEONARD BLOOMFIELD, *Lenguaje*, UNSM, Lima, 1964, p. 417.

<sup>4</sup> Citado por CARLO TAGLIAVINI, *Orígenes de las lenguas neolatinas*, F.C.E., México, 1973, pp. 541-542, 562.

<sup>5</sup> Véase, JOSÉ MONTES, “Colombia”, *Manual de dialectología hispánica. El español de América*, dir. Manuel Alvar, Ariel, Barcelona, 1996, pp. 136-138.

<sup>6</sup> “Introducción. Historia del proyecto”, p. 13.

<sup>7</sup> *Los nuevos atlas lingüísticos de la Rumania*, Gredos, Madrid, 1960, pp. 61 ss.

de pequeños dominios. Ahora bien, con los macrodominios no suele tener mucho sentido su incorporación, dado que las palabras seleccionadas deben corresponder a conceptos bastante generales.

No es extraño, por eso, que el *Atlas lingüístico hispanoamericano* de Alvar y Quilis, *ALH*, haya sido concebido como un atlas exclusivamente lingüístico, y no se olvide que Alvar nunca prescindió de la etnografía en sus atlas regionales. Los atlas nacionales, en cuanto a magnitud del dominio que cubren, están en medio, entre los atlas de pequeños dominios y los de macrodominio o supranacionales, y eso parece inclinarlos hacia uno u otro extremo. Todavía más, creo que en la actualidad hay que considerar aún un tercer factor que puede llevarnos a incorporar o no la etnografía en una empresa de geografía lingüística. En 1968 realizamos encuestas en la isla de Chiloé para el proyecto del *Atlas lingüístico-etnográfico del sur de Chile, ALESUCh*. El material recopilado que se refiere al ámbito rural permanece aún inédito y es muy rico desde el punto de vista etnográfico. Treinta años más tarde, al realizar en la misma región las encuestas para el *Atlas lingüístico-etnográfico de Chile, ALECh*, encontramos una pobreza etnográfica sorprendente: habían desaparecido los molinos accionados por agua que surtían de harina a los pobladores, las narrias o “trineos” de madera sin ruedas y tiradas por bueyes, que permitían transportar leña, papas o algas marinas por terrenos blandos, la gran mayoría de las clases de papa (en 1968 pesquizamos sobre doscientas especies diferentes), las prensas de madera para fabricar sidra de manzana, los telares chilotes, varias actividades laborales rudimentarias, gran parte de las comidas tradicionales y otras costumbres y artefactos de la cultura de la isla de Chiloé<sup>8</sup>, tan característica para Chile como puede serlo la península de Yucatán para México. Esto era el resultado del lento, pero permanente, proceso de introducción tecnológica moderna que se acentuó en los últimos diez años con una más fácil comunicación cotidiana con Puerto Montt, el mayor centro urbano de la zona. En el resto del país ocurre otro tanto, por lo que la recopilación del material etnográfico probablemente no tendrá una gran presencia en el *ALECh*, lo que nos ha hecho preguntarnos si no abordamos la empresa demasiado tarde. Si tuviéramos que diseñar hoy el *ALECh*, probablemente dudaríamos bastante antes de incorporar el componente etnográfico. Pero aunque el proceso mencionado es producto de la creciente globalización, y en ese sentido hay que suponerlo generalizado, también está claro que las condiciones de Chile de hoy no tienen que ser necesariamente las de otros países; porque la desaparición de las tecnologías no mecanizadas en

<sup>8</sup> Véase CONSTANTINO CONTRERAS, “Estudio lingüístico-folklórico de Chiloé: mitos y actividades laborales rudimentarias”, *BdFS*, 18 (1966), 59-212.

el mundo rural debido al avance tecnológico está sujeta de todas formas a las condiciones especiales de cada país.

Los análisis que los estudiosos han ido realizando de los diferentes atlas lingüísticos, desde que estos se revelaron como instrumentos insustituibles de diagnóstico lingüístico global de un territorio determinado, han demostrado que cada atlas puede ser caracterizado por una o más innovaciones metodológicas frente a empresas precedentes semejantes, en virtud de los objetivos específicos que tuvieron presentes sus creadores y las circunstancias que rodearon su creación. Recordemos brevemente sólo los proyectos más notables.

El *AIS* perfeccionó la metodología del *ALF*, al incluir ciudades entre los puntos de encuesta y utilizar subsecuentemente varios cuestionarios en un primer intento de hacer sociología lingüística, como diría Alvar, cuestionarios que, además, fueron organizados por campos semánticos y no por orden alfabético, y, sobre todo, al incorporar la etnografía a los estudios geolingüísticos, poniendo de relieve la necesidad de relacionar la lengua con la cultura. El *Atlas lingüístico de la Península ibérica, ALPI*, al menos para los únicos 70 mapas que se lograron publicar, se constituyó, respecto al *AIS*, en un proyecto no sólo supranacional sino interlingüístico, ya que cubría el conjunto de las hablas iberorrománicas de España y Portugal; el *Atlasul lingvistic român (ALR)* en sus dos series, utilizó dos cuestionarios (uno normal y otro ampliado), cada uno a cargo de un encuestador, y publicó el atlas en dos modalidades, en gran formato y en pequeño formato, cada uno con características diferentes; el *Nouvel Atlas linguistique de la France par régions (NALF)* introdujo el criterio de la coordinación general para atlas regionales dirigidos por diferentes estudiosos, con las ventajas de la visión general del atlas nacional y la profundización del atlas regional, objetivo que en cierto sentido también se puede decir que ha obtenido Alvar con sus atlas regionales —el *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía, ALEA*, el *Atlas lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias, ALEICan*, el *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y La Rioja, ALEANR*, el *Atlas lingüístico y etnográfico de Cantabria, ALECant* y el más reciente *Atlas lingüístico y etnográfico de Castilla y León, ALECyL*—, a los que hay que sumar el *Atlas lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha (ALECMan)* realizado con planteamientos teóricos muy cercanos, y que a su vez innova al introducir variables sociolingüísticas en las cinco ciudades castellano-manchegas más importantes; el más reciente *Atlas linguistique du ladin central et des dialectes limitrophes (ALD)* ha realizado el registro sonoro de la totalidad de las encuestas y las ha incorporado en archivos electrónicos informatizándolas con miras a elaborar una versión sonora del *ALD*; el *Atlas linguistique roman (AliR)*, un proyecto supranacional e interlingüístico como el *ALPI*, pero extendido a un grupo de lenguas, la familia románica, ha innovado además en el cuestionario donde da amplio

espacio a un apartado de fonética histórica, a otro fonológico y a uno morfosintáctico, además del apartado léxico dominante.

En el ámbito americano destaquemos sólo el *Atlas diastrático y diafásico de Uruguay (ADDU)* –iniciado en 1985, el que más se acerca al *ALMex*–, que combina la dialectología diatópica con la sociolingüística, lo que conduce a sus creadores a la incorporación de ocho dimensiones que presiden la recopilación de los datos, solicitados a varios informantes por localidad, datos que se presentan de manera sucesiva en mapas estandarizados de carácter simbólico, dado el carácter pluridimensional del atlas.

El *ALMex*, por cierto, también puede exhibir innovaciones metodológicas. Convencido de que la lengua viva es por naturaleza polimorfa, y motivado por la posibilidad de corroborar este aserto en el terreno, cuando emprendió las investigaciones destinadas a determinar científicamente las zonas dialectales de México, Lope Blanch ya tenía el camino claro: se debía interrogar a siete u ocho personas al menos en cada localidad estudiada, para detectar no sólo los casos de polimorfismo individual sino también los de polimorfismo colectivo o dialectal. Y esto preferentemente en el dominio fonético, aunque sin descuidar el morfosintáctico y léxico<sup>9</sup>. La elección de este número inusual de informantes en una empresa de geografía lingüística, aunque ciertamente complicaría el trabajo y lo haría más lento y oneroso, tenía dos ventajas inmediatas, que constituyen al mismo tiempo las dos más importantes innovaciones metodológicas del *ALMex*:

1. Hacía posible recoger para cada localidad información sobre el hablar de hombres y mujeres; de jóvenes, adultos y personas de edad; de analfabetos y de individuos con instrucción superior<sup>10</sup>, lo que permitiría documentar eventuales diferenciaciones sociolingüísticas en cada uno de los hablares explorados, sin que se constituyera en una encuesta diastrática sistemática propiamente dicha. De todas formas, la lista de los informantes incluida en el volumen 1 del *Atlas* es lo suficientemente precisa y completa como para identificar los rasgos sociolingüísticos asociados a cada uno de los 1 355 informantes interrogados.

2. Permitió obtener la información por más de una vía: por medio de un cuestionario sometido de manera habitual a tres informantes por localidad, y por medio de conversaciones espontáneas de aproximadamente 30 min. con otros tres o cuatro informantes, registradas por medio de magnetófonos, procedimientos que el análisis posterior del material reveló como acertados por su complementariedad. Este método de encuesta llevó a otra innovación, ciertamente

<sup>9</sup> Cf. “Atlas linguistique du Mexique”, *La géolinguistique en Amérique Latine*, ed. Michel Contini, Université Stendhal-Grenoble III, Grenoble, 2002, p. 127.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 128.

un aporte significativo para la disciplina, al preguntarse los investigadores por el modo de presentar los datos sobre los mapas, que ya no podía ser el tradicional.

Además de utilizar los mapas analíticos, de tipo tradicional, Lope Blanch y su equipo crearon y llevaron a cabo, a mi juicio exitosamente, los mapas sintéticos en que se encuentra reunida toda la información proveniente de los registros grabados de las conversaciones espontáneas.

El director del *Atlas* reconoce que la lectura de los mapas sintéticos es bastante lenta y complicada en razón del gran volumen de información que encierra cada mapa, pero el esfuerzo que esa lectura demanda queda ampliamente compensado porque no sólo se menciona con precisión la respuesta dada por cada uno de los informantes, sino que se indica la frecuencia aproximada con que cada testigo utilizó la forma en cuestión. Cada mapa da cuenta entonces de la variedad y la frecuencia de cada realización, es decir, de la intensidad del polimorfismo o, como dice Lope Blanch, de la real vitalidad de cada variante alofónica o alomórfica. De esta manera, muchas veces la diferenciación dialectal entre una localidad y otra no está en la presencia de una variante en una y su ausencia en otra, sino en la mayor o menor frecuencia del fenómeno presente en ambas localidades, y es esta diversidad porcentual la que permite caracterizar unos dialectos frente a otros. Así, uno de los rasgos que permite establecer la diferencia dialectal entre la zona NO y la SO mexicana no es la ausencia de la palatal fricativa sorda [s], que es común a ambas, sino la mayor intensidad o frecuencia del fenómeno en la primera (55%) con respecto a la segunda (20%)<sup>11</sup>. En otras palabras, en México, como en el resto de Hispanoamérica, siempre estaremos lejos de llegar a caracterizar dialectos de modo tan claro y espectacular, si se me permite la expresión, como en Europa.

En Chile, el notable mayor uso de *usted* entre los cónyuges para dirigirse a los niños en Santiago frente a Valdivia es perceptible a simple oído, por medio de los programas de televisión, y sin duda marca una distinción que hay que tomar en cuenta en la caracterización del habla de esas regiones. Cuestión particularmente relevante en los territorios del Nuevo Mundo, debido a que en las regiones lingüísticas de colonización no parecen existir fronteras lingüísticas bien definidas al no darse las condiciones necesarias para su formación, en especial el aislamiento relativo de un dominio lingüístico durante un largo período de tiempo<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 134.

<sup>12</sup> Cf. OTTO WINKELMANN, "La geolingüística pluridimensional y el análisis de situaciones de contacto lingüístico", *Neue Wege der romanischen Geolinguistik. Akten des Symposiums zur empirischen Dialektologie (Heidelberg/Mainz, 21-24 Oct. 1991)*, eds. Edgar Ratke y Harald Thun, Verlag Kiel, Westensee, 1996, p. 342.

De los 958 mapas que tiene el *ALMex*, 44 son mapas sintéticos de fonética (mapas de 5 a 48) y los 393 que le siguen y que completan los tres primeros volúmenes son mapas fonéticos analíticos o puntuales, en los que se recogen las respuestas proporcionadas por cada informante a una pregunta determinada del cuestionario. El volumen 4, dedicado a la morfosintaxis, presenta sólo 6 mapas sintéticos (mapas A a E), que conciernen a los marcadores subordinados temporales y de casualidad, y 172 mapas analíticos.

Los dos últimos volúmenes están consagrados al léxico y recogen 339 mapas, que aunque no indican frecuencia, como en los mapas sintéticos, igual individualizan las variantes de los tres o cuatro informantes, debiéndose recurrir a símbolos para poder presentar la variedad de respuestas para un mismo punto: son, pues, mapas simbólicos.

Los análisis que tuvo oportunidad de hacer Lope Blanch<sup>13</sup> de las respuestas de los informantes interrogados en varias localidades han corroborado el rico contenido de variación lingüística (o polimorfismo) que muestra el *Atlas* y le han permitido determinar, por ejemplo, que el fonema velar fricativo sordo /x/ (mapa 47) o el labial oclusivo sordo /p/ (mapa 15) tiene un carácter mucho menos polimorfo que el fonema vibrante simple /r/ (mapas 41-46) o el sibilante fricativo sordo /s/ (mapas 26-34)<sup>14</sup>. O la enorme cantidad de variantes del marcador de causalidad (mapa C, vol. 4) frente a la escasa media docena de formas en uso del habla común, o la gran variedad de nombres (más de 60) para referirse a la libélula (mapa 622) o a la mantis religiosa (mapa 621), frente a la parquedad existente para el mosquito (mapa 623): *mosquito*, *zancudo*, *mosco*, *cha(n)quiste*, o para la oveja: *borrega*, *cordera* y *deenchú* (128).

Lo que queda por delante, ahora que se cuenta con todo el material cartografiado, es la tarea de análisis e interpretación de esta enorme riqueza de datos, y tal vez el primer desafío sea tratar el problema de las áreas dialectales de México, precisamente la motivación inicial de las encuestas comenzadas en 1967 y que dieron como resultado esta obra que se comenta.

Con esta magnífica herramienta que nos proporciona tantísima información, en gran medida ya interpretada al indicarse la frecuencia promedio de aparición de las formas, se está en las mejores condiciones para corroborar o no la intuición de Pedro Henríquez Ureña acerca de sus seis zonas dialectales mexicanas, o las diez que proponía Lope Blanch<sup>15</sup>. Está claro que ambas son meras hipótesis de trabajo —aunque la segunda tiene mayor base de sustentación—, que

<sup>13</sup> Véanse, “Sobre métodos: los mapas sintéticos del *ALMex*”, *NRFH*, 48 (2000), 71-81, y “Atlas linguistique du Mexique”.

<sup>14</sup> “Atlas linguistique du Mexique”, p. 128.

<sup>15</sup> “México”, *Manual de dialectología hispánica...*, pp. 87-88.



sólo estudios reales y efectivos de los materiales proporcionados por el *ALMex* permitirán demostrar, y los atlas regionales que se levanten en el futuro, corroborar. Por de pronto, las tareas del atlas del *ALMex* han alentado a diversos estudiosos a describir —con los materiales proporcionados por el atlas, o aprovechando su cuestionario— hablas regionales como las de Tabasco, Oaxaca o Tamazunchale<sup>16</sup>.

Por cierto, pese a lo dicho anteriormente sobre la dificultad de caracterizar claramente dialectos en suelo americano, estas dificultades, aunque muy grandes a nivel fonético<sup>17</sup>, no impiden establecer diferencias dialectales entre una región y otra, mediante el expediente de determinar la frecuencia de aparición de ciertos segmentos en ambas regiones, como ya lo señalara Lope Blanch en el texto destinado al volumen colectivo sobre la geolingüística en América Latina<sup>18</sup>. Pero es posible también que en dos regiones predominen distintas realizaciones de un fonema, aunque ellas sean —con frecuencia diferente— comunes a ambas, lo que estaría marcando por supuesto una diferencia dialectal. En efecto, si comparamos la misma zona NO (13 puntos encuestados) con la de Chiapas (9 puntos), dos regiones extremas que parecen tener particular personalidad, el mapa 35 del volumen I muestra que la africada sorda /ʃ̥/ en el NO se realiza predominantemente como una africada sorda con oclusión débil [ʃ̥], en tanto que en Chiapas predomina la africada sorda plena [ʃ̥]. Igualmente, los materiales del mapa 36 muestran la realización de la palatal central /y/ como fricativa sonora abierta [y⊥], en tanto que en Chiapas predomina la realización fricativa sonora estándar [y]. Casos como estos debe de haber muchos más.

Ahora, desde el punto de vista léxico, ya podemos apreciar diferencias abiertamente cualitativas. Sin dejar de presentarse —también aquí— el polimorfismo, con relativa facilidad se pueden seleccionar mapas que muestran —para seguir con las mismas regiones— un NO sin variaciones léxicas frente a la región de Chiapas (y localidades colindantes) que, al revés, muestra una alta variación. Como ejemplo, considérense los mapas siguientes de los volúmenes 5 y 6: mapa 639 caracol, que en el NO se realiza sólo como *caracol*, mientras que en Chiapas aparecen las variantes *caracol*, *caracol rudo* y *cientopíe*; mapa 700 remolino, que en el NO se realiza como *remolino*, y en Chiapas como *remolino*, *torbellino*, *torbellín*, *remolino seco* y *culebra de viento*; mapa 755 tobillo: en el NO, *tobillo*; en Chiapas: *ojo del pie*, *muñeca del pie*, *tabi-*

<sup>16</sup> Véanse, RODNEY WILLIAMSON, *El habla de Tabasco. Estudio lingüístico*, El Colegio de México, México, 1986; BEATRIZ GARZA, *El español hablado en la ciudad de Oaxaca, México. Caracterización fonética y léxica*, El Colegio de México, México, 1987; y RAÚL ÁVILA, *El habla de Tamazunchale*, El Colegio de México, México, 1990.

<sup>17</sup> Cf. JOSÉ G. MORENO DE ALBA, *La pronunciación del español en México*, 2ª reimp., El Colegio de México, México, 2002.

<sup>18</sup> "Atlas linguistique du Mexique", p. 134.

*ta del pie, taba.* Agreguemos los mapas 618 murciélagos, 621 mantis religiosa, 702 lama, 718 lagañas, 757 talón, 760 chato, 762 tartamudo, 824 gajo, etc.

Ciertamente esto no basta para hablar de zonas dialectales. Habrá que multiplicar los ejemplos —fónicos, léxicos, gramaticales—, que irán perfilando isoglosas que es probable que no se correspondan con los límites político-administrativos de los estados, y luego, procurar explicarse qué factores extralingüísticos subyacen a estas fronteras dialectales.

Pero no sólo eso. De la distribución que adopta una forma en el espacio, especialmente si se trata de léxico, se pueden inferir muchas cosas. Los mapas proporcionan materiales “crudos” que podrán interpretarse según lo que esos mismos materiales y su distribución en el espacio sugieran: su probable antigüedad, según el fenómeno se registre en áreas marginales o centrales —ese es el caso, al parecer, de Baja California y Sonora, que se muestran, por lo menos en el léxico, como algo conservadoras—; el descubrimiento de estratos que, en el caso del léxico, revelan procesos de sustitución; la influencia de las lenguas indoamericanas, especialmente en el sector léxico regional; el nivel diferente del español de unas regiones con respecto a otras, debido probablemente a épocas distintas de colonización, a diverso origen dialectal de los pobladores hispánicos y a su diferente nivel cultural, etc.

En el prólogo al *ALMex* decía Beatriz Garza que México es el país con mayor número de hispanohablantes del mundo, en una superficie de casi dos millones de kilómetros cuadrados, por lo que le parecía que, lingüísticamente, era indispensable para el mundo de habla española saber cómo es el español que hablan los ahora ya 97 millones y medio de mexicanos. Esta es una razón que no cabe sino compartir, sobre todo cuando contamos, ahora, con la invaluable documentación que lo hace posible, el *ALMex*, que ciertamente será la fuente de información obligada para la elaboración de los atlas regionales que sin duda proyectarán a partir de ahora y que, con su particular perspectiva, complementarán el extenso material que nos ha proporcionado esta obra.

Tenemos ante nosotros una obra admirable, no sólo porque disponemos de una documentación de materiales coherentes, en cuanto que fueron recopilados con criterios reconocidos por investigadores acuciosos, sino también porque sabemos lo que costó llevarla a cabo, dadas las metas y exigencias autoimpuestas.

En cualquier país culto, un atlas lingüístico nacional ocupa el primer lugar de importancia desde el punto de vista lingüístico. En este sentido, el *ALMex* constituye la obra más importante, quién lo duda, de la lingüística mexicana, como ya lo sostuviera Manuel Alvar allá por 1991. Por eso mismo, este volumen 6 es significativo en muchos

sentidos: significativo para sus autores, que han visto coronados con éxito todos estos años de tesón, esfuerzo y constancia dedicados a dar término a una obra que, ya en su preparación, se debe haber visto enorme, extensa, y en algunos momentos, posiblemente para más de uno de sus autores, irrealizable; significativo también para El Colegio de México, que creyó en el proyecto y lo respaldó desde el comienzo con su personal y sus medios; significativo para el país, que se pone así, con Colombia, a la cabeza de los países hispanoamericanos que han llevado a feliz término un atlas lingüístico nacional; significativo, finalmente, para la lingüística, en específico para la geolingüística, que puede exhibir, desde hoy, un nuevo instrumento que aumentará nuestro conocimiento sobre el español hablado en México y su distribución.

CLAUDIO WAGNER  
Universidad Austral de Chile